

LA VACA AZUL

Así era. La Vaca Azul; tal como suena. Aunque no como sonaba en el Treinta y Tres de aquellos tiempos, acostumbrado a llamarles "al pan pan, y al vino, vino", y pampa, overa, colorada, rosilla, mascarada, salina, hosca, barrota... hasta azuleja a la vaca "más pintada". ¡Pero azul!... ¡ni pintada!...

Pues pintada de azul —con algunas manchas blancas, más por conciliación que por convencimiento— allí, a la entrada de su boliche, la puso el Rubio Fernando Mila. De lo que debió soportar por causa de aquel animal con semejante color, sólo él sabía; o acaso alguno de sus más íntimos, como el Sapo, el Chuto, el Cuzco, los Zorros... Pero bien que alcanzaría para llenar todo un capítulo de la historia doméstica del pueblo viejo.

Hubo diarios y revistas de Montevideo que se ocuparon del asunto. Hubo quien vino y de lejos, expresamente a conversar con el Rubio sobre mamíferos y colores, haciéndole cada pregunta que más bien parecía de policía de investigaciones que de simple curioso. Hubo quien se pasó su media hora y más, parado firme frente a la puerta del boliche, mirando menos el cuadrado con la vaca, que estudiando al boliche, cuando lo veía distraído en despachar a algún cliente. Hubo también —y sería una lástima que no lo hubiese habido— quien después de costearse un par o una docena de leguas a ver con sus propios ojos la famosa Vaca Azul, cuyas mentas habían recorrido el Departamento y zonas fronterizas, después de examinarla un rato saliera comentando:

—Piro ¿a quién es le puede ocurrir una semejante vaca?!

—¿Qué le halla, don?

—¿Cómo que le halla? ¿No ve qu'es una vaca lechera?

—¿Lechera por qué?

—Pues la pinta del animal l'ostá diciendo. Ubre, pachorra y eso...

—Bueno, ¿y? ¿Qué tiene que sea lechera?

—¿Qué tiene? Tiene... que no puede tener lo que tiene. ¿Agarra?

—Si. Pero ¿qué es lo que tiene, que no puede tener?

—¿No se da cuenta?

—Francamente, no.

—¡No se da cuenta!...

—No me doy cuenta.

—Pues guampa entera, hombre! Fijesé, va'ver... ¿De ande habrán sacau?!...

Todo esto, sin contar las discusiones, las risotadas, hasta ciertas insinuaciones pesimistas sobre el orden de la cabeza del dueño de casa. Canario hubo que al pasar por la carretera y encontrarse de golpe con la Vaca, sofrenó el mancarrón, se afirmó con los pies en los estribos y las manos en la cabezada del recado, echó el cuerpo para atrás y se estuvo allí carcajeando como en cancha propia. Todo esto y mucho más, debió soportar el Rubio Mila, y lo soportó calladito la boca. Como quien oyera ladrar, lo soportó.

Pero tal vez lo que nadie le dijera entonces, y sin tal vez lo que nadie le dice ahora a Fernando Mila, es que Fernando Mila fue un precursor, precisamente por la idea de aquella vaca así coloreada⁽¹⁾. Un precursor él, y por reflejo, Treinta y Tres, tierra donde la idea echó raíces, pesara y escandalizase a quien pesara y escandalizase.

¿Quién se lo iba a decir por aquellos tiempos de vida monocroma, cuando todavía la gente era capaz de ex-

(1) Parece que el verdadero autor del nombre fue Julio Macedo.

trañarse de sólo oír mentar el verdor de una esperanza, y de quedar colorada hasta las orejas por cualquier cuento de color más o menos subido? ¿Y quién se lo va a decir hoy, cuando hasta un gurisito diente de leche es capaz de sentar tesis sobre "la policromía de la absurdidad", o de salir escribiendo una "oda verde a la salobre suavidad sinfónica del más inocente perfume ocre"?

Pero no habría de ser sólo eso, ni mucho más como eso que podría sacarse a luz, el único motivo para la inclusión de la Vaca Azul entre estas evocaciones pueblerinas. Hay razones menos visibles —por menos fáciles de mostrarse a los ojos— en la raíz misma de estos recuerdos. Son las razones del cuerpo y del alma; aquéllas que sólo pueden traducir, a veces, las palabras "mío" o "nuestro". Muchas veces he pensado —más bien sentido— que mejor título que el que llevan estas notas, podría ser el de "Recuerdos de *mi* Treinta y Tres". Tal vez ese título lograra por sí solo, decir mucho más de lo que puedan decir todos estos relatos juntos. En estas cosas donde campea el afecto tan a sus anchas, suele ocurrir así. A veces toda la clave está en una palabra. Y aquí la palabra sería la más chiquita de la frase: ese posesivo "mi". "Mi" Treinta y Tres; éste que está aquí, en este punto del espacio y del tiempo, en este punto de la sangre, los huesos y el alma que se llama "yo". Y entonces, ¡cuánta economía de recursos, perífrasis, rodeos, repeticiones, puntos cardinales, fechas, horas, minutos!...

Aquí está la prueba. Todo lo que queda dicho, viene buscando demostrar como no sólo por "vaca" ni sólo por "azul", la Vaca Azul merece esta nota. Pues con que se diga ahora que a media cuadra de la Vaca Azul estaba *mi* casa paterna, salta aquella demostración. Y algo más con ella: una especie de comodidad que infunde confianza para seguir hablando tranquilamente del tema. Como si el espíritu se encontrara de golpe con el camino que buscaba para seguir hasta el final, y siga ahora por él, ayudado por una infinita serie de supuestos que son

cómo puntos con luz propia, que de otro modo habría que sustituir con fogatas de puro artificio. En una palabra, se siente como si con aquella afirmación sobre *mi* casa paterna, quedara colocada la piedra fundamental de esta nota.

Si, allí, a pocos pasos de la esquina de Manuel Meléndez y Celedonio Rojas donde estaba la Vaca, bajando por esta última calle, estaba nuestra casa. La segunda y última que ocupó mi familia, desde que traspusiera para siempre el Yermalito y sus ocho gajos, tras el liceo para nosotros, hasta que traspusiera para siempre el Olimar y las sesenta leguas por cinco departamentos, buscando la universidad para nosotros.

Era una casa antigua y blanca, con cinco o seis aberturas a la calle y cuatro hermosos álamos carolinos al frente. Ocupaba con su inmenso terreno, la cuarta parte de la manzana, incluyendo la esquina de Celedonio Rojas y Pantaleón Artigas. Tenía un espléndido patio con una palmera poblada de cotorras y gorriones, un pitanguero y varios laureles. Tenía quinta grande, de cinco canteros de seis por veinte, donde con mi hermano Juan Carlos debíamos "cavar y carpir" el pesito de los sábados. Tenía un corral donde debíamos "ordeñar" los cinco reales de entre semana. Y tenía —oh! delicia— un inmenso galpón solitario, dividido horizontalmente, en cuyos movidizos altos nos constituíamos con el más famoso "cotorro" de todos los tiempos y lugares, con ventana y escalera postiza a la calle, instalaciones para mate amargo, siesta completa y todos los etcéteras imaginables.

Eran tiempos de peladera, aquéllos. Novia, cine, bailes, tabaco, caña y demás necesidades de hombres entre los catorce y dieciocho años, no eran exigencias que pudieran atenderse con el peso y pico semanales provenientes de nuestras obligaciones de quinta, corral y a veces picadero, pues había también leña que daba miedo (y rabia). Ni podían tampoco atenderse con los dos pesos a que solíamos hacer llegar aquella cantidad, a punta de rogativas a la vieja; ni con los tres pesos cuyo tope definitivo conseguíamos a veces hacerlo marcar al viejo, en gestión aparte, "de bigote a bigote".

No alcanzaban. El sábado y el domingo eran como una correntada para el bolsillo; se llevaban hasta el último vintén. Donde primero se hacía sentir la crisis, era en las provisiones de tabaco. Todavía el lunes transcurría sin mayores problemas. Pero ya en las primeras horas del martes, entre el mate y el estudio parecían ponerse de acuerdo para hacernos pasar necesidades. Empezaban las apreturas para estirar la última borrita del paquete. A media mañana ya estábamos fumando casi puro papel. Y al mediodía, ya ni papel. ¡Era una tristeza!... Los libros daban sueño; daba rabia el aire de tan livianito; hasta el mate parecía un desgraciado duro de frío.

A media cuadra —a menos de media cuadra— mas a una legua que fuese, estaba la Vaca Azul. Y allí, un estante repleto de "rubia peluquilla". Pero costaba... bueno, lo que costase; con que fuera apenas un poquitito —sólo un centésimo— más de nada, ya era una prohibición a tan altas horas de la semana. ¡Qué tristeza! ¡Las ganas que daban de tirar los libros y ponerse de contrabandista!... Meses, así.

"Y una mañana sucedió el milagro; es algo tan bello que cuesta creer", dijera Silva Valdés. Irrumpió la tabla de salvación sobre las aguas de aquel mar de tristezas. En la voz de nuestra madre, llegó. Llamaba a uno de nosotros para que fuera al almacén a buscar unas cosas. Saltamos como resortes, de puro comedidos. No precisamos más que una sola, pero buena, mirada de simpática comprensión entre el que quedaba ya saboreando una hermosa pitada, y el que iba a traerla mezclada con el arroz, el pomodoro, fideos, harina y cuatro o cinco comestibles más, cuya lista ocupó media hoja de la libreta del fiado. Solito, el paquete de tabaco apenas se notaba entre todo lo otro.

Pasó. Eran los primeros días del mes, época en que nuestros padres ni miraban la libreta. Nos gustó el procedimiento. Tanto nos gustó, que el martes siguiente, a la precisa hora de las angustias pretéritas, estábamos envolviendo grueso desde hacía buen rato. ¡Qué borras ni qué nada! A los quince días era tal nuestra confianza, que no bien el paquete en uso empezaba a abollarse un

poco de flaco, ya estaba el nuevo en nuestras manos. ¿Para qué, si no, estaba allí la Vaca Azul, y para qué habría de ser su dueño el Rubio Mila, aquel hombre encantadoramente campechano, comprensivo y complaciente?...

A fin de mes los viejos pidieron la libreta para sumar y pagar. Si les extrañó, no les alarmó encontrarse con un paquete de tabaco en cada una de las dos o tres primeras carillas. Un paquete perdido entre bizcochos, café, querosene, pomodoro, azúcar, yerba. Pero de la tercera a la quinta o sexta carillas, empezaba a aparecer la yunta de paquetes, y de ahí en adelante, ya era el relajo. De repente los dos viejos se quedaron mirando uno al otro, casi paralizados, luego de recorrer aquellas líneas de letra apurada, en cuyas listas los artículos se distribuían más o menos así: Paquete tabaco — Pomodoro — Papel fumar — Quilo fideos — Fósforos — Quilo yerba — Litro querosén — Paquete tabaco — Añil — Jabón — Papel fumar — Fósforos — Tabaco, papel, fósforos — Papel, tabaco, fósforos — Paquete tabaco — Paquete tabaco — Paquete tabaco...

El viejo agarró la libreta, enderezó para la Vaca, le preguntó al Rubio:

—¿Le queda tabaco?

—Comonó.

—Debe comprar por toneladas.

—No. ¿Por?

—Porque si vende a todo el mundo así...

Y le mostró la libreta.

Largaron los dos la risa. Comentó Mila por decir algo:

—Y... los muchachos ya quemán regularcito...

—Regularcito... y pico...

Remató el viejo. Pagó y le recomendó al Rubio:

—Bueno, no me les de más de dos paquetes y el acompañamiento por semana.

—Ta bien ta bien.

—Si no, me van a quemar hasta a mí...

Y volvieron a soltar la carcajada.

—mi Mi amistad empezó —antes que con el Rubio— con el Goyo, hermano menor suyo, que por esos tiempos estudiaba Carpintería en la Escuela Industrial, jugaba al fútbol y de a ratos bolicheaba. Le gustaba leer, tomar mate “como dios manda” y conversar “pico a pico”. Despacito, conversaba; pero seguido. Daba gusto escucharlo y tomar el mate “cumba” que sabía cébar.

—me Cuando quise acordar, era persona de la casa. Me fui introduciendo a través de aquellos ratos perdidos de prosa y mate con el Goyo. Después llegaba, aprontaba por mi cuenta el amargo, servía las correspondientes “blanquitas”, arrastraba una silla para medio cerca del mostrador y empezaba a “tallar” mano a mano con el Rubio. Sobre la nohecita, de a uno, comenzaban a llegar los feligreses de la Vaca.

—sup Por entonces era Piedra uno de los más puntuales. Poco quehacer, muy afecto a la “brasileira” (la caña, se entiende), buen conversador cuando se “punteaba”, amigo y pico. Le admirábamos el estado, un bigotito muy cuidado que sabía llevar como el mejor, y sobre todo las manos. Las manos bárbaras que le dieron fama a Piedra de uno de los mejores jugadores de pelota.

—de Con los únicos que se le podía comparar en eso, era con el Chuto Piñeiro y con el Negro Sánchez. “Vacazuleros” los dos, y si no muy amigos, tampoco enemigos de la de barril. Jugando en yunta o en trío con Piedra, era cosa de “apilárseles” a las cuatro o a las seis muñecas. Si las manos valieran en el Uruguay lo que valen los pies, Piñeiro, Sánchez y Piedra hubiesen sido ídolos populares. Pero no valen, y ellos debieron conformarse con ser ídolos de la “barra vacazulera”.

—di Aunque fugaz, el pasaje de Aligio Pintos por la Vaca fue memorable. Memorable por los asados con vino que solía inventar en una pieza que alquiló por allí. Memorable porque Aligio Pintos era de esos hombres que parecen haber nacido para amigos. Y su amistad era de ésas que empiezan con una sonrisa, siguen con una discusión política entre caña y caña, y quedan para siempre encerradas en el hueco caliente de un abrazo fraternal. Así quedó la suya, aquí.

Con Odemar Larrosa nos conocimos siendo él alumno, y yo sobrino de la Directora, de la Escuela N^o 25, cuando se llamaba Escuela del Altillo y estaba en el barrio España, esquina cruzada con el Hospital. Después nos re-conocimos en el Liceo. Vinimos a re-reconocernos en la Vaca Azul. Guitarrero, cantor y flor de enamorado, Odemar era un individuo nacido fuera de época. El hubiese preferido aquélla en que, con sólo el instrumento bien encordado, el pecho pronto y la imaginación afilada, un hombre era capaz de "ponerle mango al mundo". Allá se quedó también, pagando tributo a una vocación fuera de tiempo y lugar. Que es lo mismo que decir fuera de la comprensión de los hombres.

Mariano Alzugaray era infaltable. Trabajaba a media cuadra y vivía a dos cuadras de la Vaca. No podía pasar sin entrar. No podía entrar sin quedarse. No podía quedarse sin mojar los labios. De pronto lo perdimos de vista. Lo habían trasladado a José Pedro Varela. Dejó un vacío que, mirándolo a él de arriba a abajo, nadie lo hubiese esperado de Mariano Alzugaray.

Batlle Fernández recién se estaba arrimando cuando yo me fui. Pero él también era conocido del Liceo, donde dejó huellas de inteligente. Lástima que eso no bastaba entonces —como en muchos casos no basta todavía— para aspirar a un título. Batlle Fernández era pobre y apenas si pudo hacer unos años de Liceo. Menos mal que a él siquiera le quedó la costumbre de los libros. Que dicho sea de paso, no es incompatible con la hermosa costumbre de la cañita blanca, que a todos nos quedó en el cuerpo después de nuestro paso por la Vaca Azul.

Francisco Ramos ya era maestro, entonces. El sí fue de los que le arrancó el título a la pobreza en "singular batalla". Claro, llevaba la ventaja de una cabeza realmente privilegiada. Solitario y poca prosa, su figura en un principio nos evocaba a la de un filósofo antiguo. Era lindo, después de cambiar con él unos pocos tragos, oírlo hablar largo, hondo y tendido de cuanta cosa hay... y no hay.

—¡Gran siete! ... ¡Pero a este hombre sí, que le funciona el aparatito!...

Comentaba un canario que solía arrimarse sólo a sentir pasarle medio cerca de las orejas la conversación de Ramos.

A quien menos veíamos por allí, pero a quien todos sabíamos siempre presente, era a don Juan Fernández (Zorro). Lo veíamos de mes en mes, cuando hacía una entradita a renovar los barriles de la clientela. Alto, flaco y huesudo, no necesitaba más que mostrarse así, furtivamente, para que el menos conocedor pudiera ver en su aspecto, su oficio. Las largas vigiliás, la noche y el monte, el acecho y las marchas, estaban patentizadas en aquella su figura huraña. Conversando un rato con él, se sacaba la conclusión de que indudablemente, esa cura de peligros a la intemperie forja hombres de verdad.

Temporada inolvidable fue aquélla en que la Vaca Azul llegaba hasta la cancha de pelota de mano de Termezana, bajo la regencia entonces, de don Fernando Mila. De los partidos que se armaban los sábados y domingos allí, quedó memoria en todo Treinta y Tres. Se reunía gente de todos lados, se jugaba mucha plata, se "trenzaban" parejas de la Vaca con parejas de la Cancha de Fassio, cinco cuadras más allá, en las estribaciones del barrio La Floresta. Nunca como entonces allí, en aquellos encuentros heroicos, tuvo el viejo Sarandí Ramos mejor oportunidad para lucir sus habilidades de buen jugador, mejor ganador y malísimo perdedor. Salía mordiéndose las manos de rabia el viejo, desafiando a los contrarios para un "partidito de tajos y puñaladas en un cuarto oscuro".

Recién se había formado el cuadro de fútbol "La Vaca Azul", cuando yo me fui de Treinta y Tres. Asimismo, tuve tiempo de asistir a algunas prácticas. Era para morirse de risa, ver aquella manga de chambones patear la pelota. Con la costumbre de la cancha de Termezana, vuelta a vuelta andaban "haciendo mano". Nadie

hubiese sido capaz de predecirle al cuadro, el futuro luminoso de éxitos que le estaba destinado.

Evocando hoy todo aquello a través de tanto tiempo y de tanto espacio, a uno le parece estar soñando. Tiene que encontrarse allá de cuando en cuando con alguno de aquellos amigos de entonces, para comprobar que no está soñando. Que todo fue un momento de la vida. Un momento inolvidable, por lo visto, y por mucho más de lo visto...